

*Nunca al duro español supo el gusano  
persuadir que vistiese su mortaja  
intercediendo el Can por el verano.*

El gusano de seda pasa la vida hilando su propia mortaja y sepultura;  
lo sabía más de un poeta barroco:

*En sujeto pequeño, grande empresa,  
Gastar el tiempo todo de la vida  
Sólo en edificar para la muerte*

exclama Salas Barbadillo en un soneto<sup>33</sup>, y Quevedo alude a lo mismo en el que empieza «Con acorde concontento...» (234). Pues bien, a pesar del calor del verano, ni el gusano ni el Can (los días caniculares) supieron persuadir al español que vistiese su mortaja—mortaja del gusanillo, pero también del hombre, porque las galas son mortajas<sup>34</sup>, y porque la mortaja del rico, otro «vilísimo gusano» (302), se hace de seda.

Los versos 124-126 parecen significar que el romano (¿del Imperio?)<sup>35</sup> hizo la seda «tirano»: se dobló (como Quevedo podía colegir de los historiadores y satíricos latinos y de los padres de la Iglesia) a la tiranía de la moda. El romano teñía la seda de «ardiente múrice», dice el poeta, empleando un latinismo que había censurado en Ruiz de Alarcón<sup>36</sup>. Y no sólo eso; empezó a recamarla de oro, haciéndola áspera al tacto:

*¿Ves, con el oro, áspero y pesado,  
del poderoso Licas el vestido? (228)*

...

*ásperos y pesados los vestidos  
en las pálidas minas centelleantes;  
de granizo de perlas van llovidos (433).*

<sup>33</sup> *Rimas castellanas* (Madrid, 1618), f. 14v. BOCÁNGEL menciona «un manto [recamado] de oro en rica seda» y el «breve animal, pero exemplar no breve» (*Obras*, ed. R. BENÍTEZ CLAROS, Madrid: C. S. I. C., 1946, vol. II, pág. 93). Cfr. un soneto del CONDE DE SALINAS:

*Cual gusano que va de sí tejiendo  
su cárcel y su eterna sepultura,  
así me enredo yo en mi pensamiento*

(en J. M. BLECUA: *Floresta de lirica española*, Madrid: Gredos, 1963, vol. I, pág. 207). Traduciendo a SAN GREGORIO NISENO en *Virtud militante* (958), QUEVEDO escribe: «te glorias y te enamotas de tí... porque tu vestido, embriagado de púrpura, arde precioso en la luz del veneno tío; porque tus ropas, tejidas de la mortaja del gusano, están escritas y variadas con batallas y cazas o historias que recamó el artífice».

<sup>34</sup> La imagen de las galas como mortaja se encuentra ya en el Salmo LXXII, traducido por QUEVEDO: «... su ornamento amortaja y no adorna» (1073). Véase la nota 50 *infra*.

<sup>35</sup> El «múrice» es un lugar común de la sátira. Pero no sé si los versos 124-126 harían pensar, en la época de QUEVEDO, en la Iglesia. Recuérdese que la primitiva versión de la «Epístola» censura el «púlpito comprado». ¿Cabría pensar en la púrpura cardenalicia? De Richelieu (hecho cardenal en 1622 y privado en 1624), QUEVEDO escribe: «La púrpura romana que viste está recogida no en tintas carmines de Tiro, sino en sangre real de Francia» (555). ¿Podría aludir al Duque de Lerma, quien «hízose cardenal [en 1618] cuando el capelo pasó plaza de retraimiento, y el Consejo de trampa?» (496).

<sup>36</sup> «¿Por qué no dijo púrpura, siendo magnífica, y no múrice de Tiro? Nótese con cuidado que todo lo que escribe o es humilde o enigma o barbatismo» (646). QUEVEDO incluye «múrice» en su lista de «palabras forasteras, no conocidas ni oídas en nuestro idioma». Véase también *Aguja de navegar cultos* (651).

La idea de que la seda fuese algo ajeno a la España antigua no era particular de Quevedo. Escribe Cascales, en su carta «sobre la cría y trato de la seda» en Murcia (industria que Olivares intentaría fomentar):

«Yo para mí tengo por cierto que no ha doscientos años que hay cría de seda en España... Pero no es de espantar que hubiese tardado tanto... que la sencillez de nuestros antepasados era tanta, y los trajes tan poco curiosos, y los ánimos tan ajenos de gustos y superfluidades, que no admitieron, ni los pasó por el pensamiento admitir tan vicioso traje y tan indigno de su honesta severidad»<sup>37</sup>.

Uno de los rasgos más sorprendentes del poema—¿será por la tradición de la epístola amistosa?—es el brusco cambio de tono entre un terceto y otro. Lo festivo y caprichoso está al lado de lo más grave. Por ejemplo, los versos 79-84 desentonan con el terceto que sigue:

(79-81) *Y España, con legítimos dineros,  
no mendigando el crédito a Liguria,  
más quiso los turbantes que los ceros.*

El español antiguo prefería los trofeos al dinero. Pero, realmente, ¿qué tienen que ver turbantes y ceros? ¿Que el turbante es un «globo sutil» como dice Quevedo en otra parte (438)? La comparación puede parecer caprichosa. Pero, lo que ocurre siempre en Quevedo, los caprichos nacen de la imaginación. ¡Qué bien la sinécdoque ha «cosificado» a los árabes en cifras, en nulidades, en ceros!

(82-84) *Menos fuera la pérdida y la injuria,  
si se volvieran Muzas los asientos:  
que esta usura es peor que aquella furia.*

Al poeta se le ocurre una extraña metamorfosis: los asientos (las entradas en los libros de cuentas italianos) se convertirán en Muzas (sigue la imaginería de ceros y turbantes). Es otra conexión tenue: furia de los árabes, «furor de los ceros» (534)<sup>38</sup>. Pérdida de dinero, pérdida de hombres. El tono se ha vuelto francamente coloquial, hasta vulgar, y choca con el terceto que sigue:

*Caducaban las aves en los vientos,  
y expiraba decrépito el venado:  
grande vejez duró en los elementos.*

Hasta ahora, se ha hablado de costumbres humanas. Con este espléndido terceto la perspectiva se ensancha. La enfermedad se extiende a

<sup>37</sup> *Cartas filológicas*, ed. J. GARCÍA SORIANO (Madrid: Espasa-Calpe, 1940), págs 181-182.

<sup>38</sup> Cfr. *El chitón de las tarabillas* (534): «De aquella furia [la invasión árabe] se quedaron fuera las montañas: de esta maldad todo el reino se inundó, sin haber contra ella asilo, ni aun silo».

todo el mundo natural, afectando a los elementos mismos. Cuando el hombre no cazaba (la Edad de Oro, no la Edad Media), las aves y el venado morían de pura vejez. El tercer verso parece significar: animales de gran vejez duraron en los elementos (en el aire, las aves; en el agua, los peces, etc.).

Es un terceto clave: en él asoma una actitud muy especial, y muy distinta de la moderna, hacia la Naturaleza. Lo que no encontraremos nunca en la obra de Quevedo es la idea de una convivencia fácil y cariñosa con el mundo natural. El admite (¿cómo no?) que el mundo fue creado en beneficio del hombre; pero hay momentos en que parece dudar...

*Los montes invencibles,  
que la Naturaleza  
eminentes crió para sí sola  
(paréntesis de reinos y de imperios),  
al hombre inaccesibles (288).*

Pensemos, como caso contrario, en Fray Luis de Granada. Recuérdese, por ejemplo, su entusiasmo por la seda:

En esta obra [el trabajo del gusanillo] se ve claro cómo todas las cosas crió aquel soberano Señor para el hombre; pues estos animales tan provechosos para nuestro servicio, no nacieron ni vivieron para sí, sino para el hombre, pues acabado este servicio, acabaron juntamente con él la vida... Y esto aún se ve más claro porque aquella casa que estos animalillos con tanto trabajo fabricaron, no sirve para su habitación, sino para el hombre, pues acabándola de hacer, luego la aportillan y la desamparan, sin usar más della: como edificio que no fabricaron para sí, sino para nosotros. En lo cual se ven las riquezas y el regalo de la divina Providencia: la cual no contenta con haber proveído para nuestro vestido la lana de las ovejas, y los cueros de los animales, con otras cosas tales, quiso también proveer esta tan preciosa y tan delicada ropa para quien della tuviese necesidad»<sup>39</sup>.

Según Fray Luis de Granada, Dios creó el mar «para que todas las naciones gozasen de [sus] provechos... que son por una parte la navegación, que sirve... para la contractación de las gentes...» (202a). El mar «por una parte divide las tierras, atravesándose en medio dellas, y por otra las junta y reduce a amistad y concordia con el trato común que hay entre ellas» (202b). El mar es—y debe ser—«una gran feria y mercado» (202b).

En cambio, para Quevedo el mar es «divorcio» de las naciones; los golfos están ahí para «borrar» el camino al Nuevo Mundo. Es el mar

<sup>39</sup> *Símbolo de la Fe* (Madrid: B. A. E., 1944), pág. 237 b.

que da *forma* a España, y es una imagen del orden, de la ley y de la obediencia que él no encuentra en el mundo de los hombres.

En general, pues, el hombre virtuoso admirará la grandeza, el poder y la libertad de los elementos (deben sujetarse sólo a Dios). Pero no confundirá su orden: no sacará el oro a la luz del día, ni practicará la alquimia, ni llevará las especias de una región a otra, ni hurtará (como han hecho los holandeses) las orillas del mar, ni siquiera beberá agua de hielo en el verano, porque así se cambia el orden de las estaciones. El hombre recto no encerrará los elementos: ni intentará meter el fuego en el arcabuz, ni impedirá con el velo el paso del viento. No se apropiará su grandeza, vistiéndose de «ardiente múrice»: el que se viste «en repetidos hervores de la púrpura» se cree fuego. El abuso de la Naturaleza es, para Quevedo, un símbolo intensísimo de la soberbia del hombre<sup>40</sup>.

Y es más: la sociedad primitiva (la sociedad idónea) reconocería en las cosas el sentido que la naturaleza le había dado: el betún solía ser tan sólo el vómito de la ballena<sup>41</sup>; el toro era el marido de la vacada, «símbolo celoso a los mortales»<sup>42</sup>; la piel era piel, no alhaja<sup>43</sup>, y la seda era la mortaja del gusano<sup>44</sup>. Pervirtiendo este orden cósmico, el hombre ha raptado los elementos: los «espulga», los afrenta, los come<sup>45</sup>. Un párrafo de la carta sobre la enfermedad ilustra lo que venimos diciendo:

«A los animales limitó Dios en el apetito la desorden achacosa. Cada uno apetece su alimento propio; su paladar carece de golosina<sup>46</sup>. Dioles por médico el instinto. Al hombre dio apetito sin límite y sabor, que siendo licencioso, despuebla para servir a la gula todos los elementos, hasta calificar en manjares las serpientes, en guisados las fieras, y tal vez son potaje y salsa desmentidos los venenos» (1555).

## En los tiempos antiguos

*grande vejez duró en los elementos.*

<sup>40</sup> Simboliza también su ingratitud. Véase *Virtud militante* (948).

<sup>41</sup> El «betún» es el ámbar gris, que procede de los intestinos del cachalote, y que se encontraba flotando en el mar. Se quemaba en pastillas y se empleaba en la perfumería. QUEVEDO ataca al «afeeminadamente delicioso, que afecta disimular la corrupción de su cuerpo y quiere más oler a... vómito precioso del más fiero monstruo del mar que a hombre» (933). La admiración que QUEVEDO siente por la ballena es parecida a la que siente por el toro.

<sup>42</sup> ¿Por su lealtad a la vaca? Véanse dos sonetos suyos (págs. 672, 517) que recuerdan las *Geórgicas* de VIRGILIO.

<sup>43</sup> No es que las pieles se hayan sustituido por joyas, como interpretan DIEGO MARÍN y ELÍAS RIVERS (*Renaissance and Baroque Poetry of Spain*, New York: Scribner's, 1966, pág. 273). Es que las pieles ya se consideran cosas de valor. Véase ALHAJA en *Autoridades*: «Nombre genérico, que se da a cualquiera de las cosas que tienen estimación y valor... como son... vestidos, joyas, etc.»

<sup>44</sup> La «despoblación» de los elementos es una imagen frecuentísima en QUEVEDO, v. g.: «cuéstele vuestra gula desbocada / su pueblo al mar, su habitación al viento» (276), versos que recrean a JUVENAL, 5.94: «et iam deficit nostrum mare, dum gula saevit».

<sup>45</sup> Igual que la perla es «defecto del nácar» (poesía, 239) y los diamantes son «sudor de la congoja de los cerros de Oriente» (prosa, 1063).

<sup>46</sup> «Su paladar carece de golosina», dice la edición de F. BUENDÍA.

Ahora el hombre los consume. Y ellos se consumen a sí mismos, con el paso del tiempo. No son menos caducos que el hombre:

«No digo que se mueve la tierra, sino que toda ella padece mudanzas, continuos robos de los ríos, perpetuas invidias del mar, frecuentes agravios y delirios de la fortuna, porfiadas transmutaciones y diferencias de la hambre del tiempo. Toda esta máquina visible va enfermando cada día para el postrero, en que será alimento de las llamas» (1536).

Es bellísimo este terceto *de planctu naturae*. Tiene el equilibrio y suavidad de la poesía clásica. Son tres sencillas afirmaciones, unidas sutilmente por la aliteración (la *v*). Nótese el contacto entre las palabras «viento» y «expiraba». Como si el espíritu del venado fuera viento: al morir se pierde en el viento.

La sección sobre el juego de toros y cañas es, quizá, la mejor lograda del poema. José María de Cossío la califica «el trozo antitaurino más elocuente con que cuenta la bibliografía poética de la fiesta»<sup>47</sup>. Por otra parte, Borges los llama «versos tan eminentes como inaptos para alcanzar la compasión que se busca»<sup>48</sup>.

Es evidente que no se busca la compasión; antes se quiere avergonzar al joven, contrastando la puerilidad del juego con la nobleza del animal (hay que *admirar* a la Naturaleza, como hemos visto). El joven ofende la memoria de Ceres, que enseñó al hombre a arar. En tiempos antiguos aún los cónsules gimieron detrás del arado. «Era tan estimada antiguamente la agricultura, que en los remates de los cetros reales figurava un arado, y no se despreciaban aquellos primeros padres de Roma de llevar callos en las manos [cf. el verso 139] quando venían a tomar los cargos grandes de la República y las dictaduras»<sup>49</sup>.

La intensidad creciente de esta sección culmina en el verso

*y rumia luz en campos celestiales*

imitación, quizá, del verso gongorino «en campos de zafiro pace estrellas». Sea imitación o no, la imagen de comer lo inmaterial es muy explotada por Quevedo: comer desmayo y hambre, comer inobediencia, o suspiros, beber vientos o muerte o llamas.

A partir del verso 163, Quevedo va terminando la «Epístola» rápidamente con la petición a Olivares. A juzgar por su falta de energía, no

<sup>47</sup> *Los toros en la poesía castellana* (Madrid: C. I. A. P., 1931), pág. 125.

<sup>48</sup> «Menoscabo y grandeza de Quevedo», *RO*, VI (1924), pág. 252.

<sup>49</sup> Agradezco a G. SOBEJANO el haberme descubierto este pasaje en COVARRUBIAS (s.v. ARADO).

tenía la menor esperanza de que el Conde-Duque enmendara nada. Estos tercetos deberían (según la Retórica) tener una vehemencia cada vez mayor; en realidad, ocurre lo contrario. El tono vacila entre la fría cortesía (elogio convencional de Olivares) y el humor fácil (los consabidos chistes sobre los cuellos)<sup>50</sup>, para descansar en una nota casi sarcástica:

*... aseguraros puedo  
que habéis de restaurar más que Pelayo.*

Poco antes de acabar, la petición se interrumpe, y tenemos que pararnos a secas ante el juego conceptista más intrincado del poema:

*Suceda a la marlota la coraza,  
y si el Corpus con danzas no los pide,  
velillos y oropel no hagan baza.*

*El que en treinta lacayos los divide,  
hace suerte en el toro, y con un dedo  
la hace en él la vara que los mide.*

El sentido parece ser éste: la coraza (i.e., la guerra) debe reemplazar a la marlota (los festejos). Cuando no se necesiten para celebrar el Corpus, no aparezcan velillos y oropel. El noble que divide estas telas entre treinta lacayos (comprándoles librea) sale a torear. Pero antes, la vara que mide la tela le torea a él, se clava en él. La vara hace esto con solo un dedo: la tela cuesta tanto que con sólo comprar un dedo de ella el señor se arruina. (El dedo es una de las 48 partes en que se dividía la vara castellana.) Suertes del conceptismo.

*Mandadlo así, que aseguraros puedo  
que habéis de restaurar más que Pelayo,  
pues valdrá por ejércitos el miedo,  
y os verá el cielo administrar su rayo.*

¿Mandarlo así? ¿Mandarlo cómo? Apenas se ha sugerido nada en concreto. El miedo al privado valdrá por ejércitos. Pero ¿no se quejó al principio del miedo?<sup>51</sup> Sólo grande rey y buen privado pueden ejecutar estos deseos, escribe, pero su corazón no debería estar en ello. Quevedo sabía que esos deseos tenían que nacer de la valentía de cada uno. Sabía que su «república» no se podía restaurar, porque estaba todavía por

<sup>50</sup> La imagen del vestido que atrapa o aprisiona tiene un antecedente curioso en el Salmo LXVII, citado por QUEVEDO en *Providencia de Dios* (1073): «El rigor hebreo lee: 'La soberbia los aprisionará con el collar, y su maldad los amortajará con sus galas [véase nota 34]. Su corona en la cabeza es prisión, su collar es sogá a la garganta...»

<sup>51</sup> Se refiere a que «el privado [ha de ser] por sí amado de todos y temido en cuanto tira a reverencia y no a crueldad, por respeto del rey». (*Discurso de las privanzas*, atribuido a QUEVEDO en la ed. de BUENDÍA: *Obras completas*, Madrid: Aguilar, 1969, vol. II, pág. 1413.)

realizarse. Lo menos intenso, lo más inconsistente con el estoicismo del poeta, es esta apelación al poder político.

Ignorada, hasta ahora, por la crítica, la carta a Olivares se sigue leyendo, sigue deleitándonos a pesar de su dificultad, sus anomalías, su aire de gran poema fracasado. Es así porque, con retórica espléndida, finge un mundo de orden que, de cierto modo, todos añoramos, y porque retrata un espíritu noble. Si Quevedo es «la sombra que grita» y su obra «una sustancia activa que da bravura»<sup>52</sup>, lo es, sobre todo, por la «Epístola». Admitamos que él «no fue el espíritu independiente, incorruptible y heroico defensor de las buenas causas que, como contraste con Olivares, nos han querido pintar»<sup>53</sup>. ¿Qué importa? A pocos les interesa la prosa de su vida; a muchos conmueve la poesía de su Edén. En la «Epístola» parece hablar (como Quevedo dijo de otro)<sup>54</sup> un

«Hombre doctísimo, de piedad tan verdadera, de verdad tan animosa, de virtud tan valiente, de fidelidad tan esclarecida, que él solo se atrevió en tiempo tan violento a acordarnos de la robustez de aquellos antiguos españoles».

CHRISTOPHER MAURER

Department of Romance Languages  
Williams Hall CU  
University of Pennsylvania  
Philadelphia 19104  
ESTADOS UNIDOS

<sup>52</sup> RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: *Quevedo* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1953), págs. 17, 227.

<sup>53</sup> GREGORIO MARAÑÓN: *Obras completas* (Madrid: Espasa-Calpe, 1970), vol. V, pág. 617.

<sup>54</sup> Lo dijo de GREGORIO LÓPEZ MADERA en *Grandes anales de quince días* (487).